

XXX Domingo Tiempo Ordinario

Eclesiástico 35, 12-14. 16-18 Timoteo 4, 6-8. 16-18 Lucas 18, 9-14

«*Todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido»*

24 Octubre 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“HE COMBATIDO BIEN MI COMBATE, HE CORRIDO HASTA LA META, HE MANTENIDO LA FE”

Esta semana ha tenido lugar el I Congreso de la Felicidad patrocinado por Coca-Cola en Madrid. Es un tema que despierta mucha atracción, porque todo el mundo está dispuesto a escuchar nuevas recetas. Sonja Lyubomirsky, una de las principales expertas en el tema, afirmaba que su investigación demuestra que se puede aprender a ser feliz, pero que es un trabajo duro: "Es como perder peso o mantenerse en forma. Si tu 'punto de ajuste de la felicidad' es bajo hay que esforzarse, cambiar los hábitos y practicar toda la vida". ¿Cuál es nuestro punto de ajuste de la felicidad? La verdad, nunca me lo había planteado. Hablamos con mucha frecuencia de ser felices y casi se convierte en una verdadera obsesión. Estos Congresos con expertos buscan las causas de nuestra infelicidad y proponen remedios saludables. Leía en este contexto: "Disfrutar con una conversación, pasear por una playa vacía, leer un buen libro, sentirse libre, pasar tiempo con tus hijos. Son pequeños momentos que identificamos con la felicidad. Podríamos explicarla de mil maneras diferentes pero, aunque cada uno tengamos nuestra propia definición, todos coincidimos en que orientamos nuestra vida a encontrarla". Ya hace poco comentaba que no podemos tener como nuestra meta exclusiva en la vida ser felices, porque no hemos nacido sólo para pasear por el mundo en un estado de paz envidiable. Nuestra vida está hecha para los demás, para el amor, para ser entregada. Y, en definitiva, estamos hechos para Dios, para aquel que puede calmar nuestra sed de infinito. Nuestra verdadera felicidad es la que Dios nos ha prometido cuando vivamos con Él ya para siempre. Mientras tanto, en la tierra, tan sólo apuramos esos sorbos de paz que el amor recibido y entregado nos regala. **Sabemos que sólo podemos encontrar una certeza: ante el dolor, ante el sufrimiento, Dios es el único que puede darle una sentido.**

Muchos quieren hoy quitarle el peso a NUESTRO ANHELO DE INFINITO, A ESA HUELLA DEJADA POR DIOS EN NUESTRO CORAZÓN. Pero es imposible, no desaparece nunca y nadie puede borrar ese deseo insaciable. **Eduardo Punset decía:** "La gente religiosa tiene una ligera tendencia a ser más feliz que la gente no religiosa. Pero la religión va cediendo terreno al pensamiento científico". Si limitamos nuestra felicidad a un problema genético o a logro obtenido gracias a nuestro esfuerzo, limitamos el verdadero deseo del corazón que sólo descansa si descansa en Dios. Por eso decía el **P. Kentenich:** "El que posee en su vida la fe en la Providencia nunca puede estar realmente triste en forma profunda. Debe tener siempre la alegría cotidiana. Y ésta consiste en la entrega sencilla a la voluntad de Dios"¹. Es verdad que tenemos que madurar en nuestra vida afectiva. Porque muchas de nuestras tristezas y preocupaciones nacen del desorden afectivo que reina en nuestro interior. No sabemos amarnos y, como consecuencia, amamos mal a los demás. Les exigimos que calmen nuestra sed de infinito, que llenen el anhelo de plenitud con el que nacemos. Por eso tantos se desaniman y defraudan al ver los límites del amor humano. Buscamos fuera nuestra paz interior y desconocemos todo lo que ocurre en nuestro mundo interior. Decía

¹ J. Kentenich, "Las fuentes de la alegría", 151

el **P. Kentenich**: “*Los hombres del mundo huyen de la soledad. Buscan el ruido del mundo, para acallar la voz que grita en el interior de su alma. Quien huye de la soledad muestra que su interior no está en orden*”². Buscamos la paz fuera cuando deberíamos adentrarnos en nuestro interior. Si maduramos en nuestra vida afectiva, si nos conocemos más y aceptamos lo que vive en nuestro corazón, lograremos que nuestros amores estén más ordenados. Sin embargo, la verdadera felicidad, la felicidad con mayúsculas, sólo viene de Cristo, del amor de Dios en nuestra vida, del agua pura que nos purifica y nos limpia y nos da la paz que, por sí sola, no logra nunca alcanzar el alma. **Esa felicidad plena sólo la poseeremos en el cielo, aunque muchos congresos nos tratan de convencer de que podemos ser plenamente felices solos, sin necesidad de Dios.**

En este contexto pensaba que sólo LAS GRANDES METAS logran despertar lo mejor de nuestro corazón y le dan un sentido a nuestra carrera. Hoy nos lo recuerda **S. Pablo**: “*Yo estoy a punto de ser sacrificado, y el momento de mi partida es inminente. He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe. Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida. La primera vez que me defendí, todos me abandonaron, y nadie me asistió. Que Dios los perdone. Pero el Señor me ayudó y me dio fuerzas para anunciar íntegro el mensaje, de modo que lo oyeron todos los gentiles. Él me libró de la boca del león. El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo. A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén*”. *Timoteo 4, 6-8. 16-18.* La felicidad de Pablo viene porque su combate ha tenido un sentido. La meta es importante para darle valor a todo lo demás. Si tenemos claro hacia dónde vamos y a qué aspiramos, todo resultará más fácil. La meta es el faro que ilumina el camino y nos permite saber qué es lo verdaderamente importante. Cuando un alpinista ve que su meta es llegar a la cumbre de un ochomil, no le angustia el camino que tiene que recorrer hasta la cima. Considera normal llevar una vida ordenada, tener una disciplina, exigirse en la comida y en la preparación física. Es fundamental saber hacia dónde vamos para no perder el tiempo dando vueltas sin rumbo. Así lo explica **Eduardo Punset en el congreso mencionado**: “*Tenemos que aprovechar las cosas que encontramos en el camino buscando el objetivo. La gente se obsesiona con el objetivo y no es feliz*”. Disfrutar las pequeñas cosas de cada día es el camino para sacar lo mejor de la vida. Es esencial disfrutar las piedras del camino, sin obsesionarnos con la meta que anhelamos. Sin embargo, vivir obsesionados por lo que todavía no poseemos es destructivo. **El mundo nos da destellos de felicidad y los tenemos que aprovechar.**

Por esto es TAN IMPORTANTE DESCUBRIR AQUELLO PARA LO QUE ESTAMOS HECHOS y saber qué cosas nunca lograremos realizar. **Javier de Oña**, tetrapléjico, cuenta su experiencia: “*Los meses inmovilizado, viendo que no recuperaba movilidad, me dije: ¡Cuántas cosas debería haber hecho y cuántas de las que hice debería haber disfrutado más! Ahora me preocupo y ocupo de lo que puedo realizar, lo que no puedo hacer lo aparto y me permite disfrutar al máximo de lo que hago sin pensar en lo que no puedo hacer*”. En su limitación sabe descubrir la belleza de su vida. En la cruz entiende las ventanas que se abren cuando una puerta se cierra. Es fundamental aceptar lo que no podemos hacer y descubrir aquello para lo que sí estamos hechos. Pero para eso tenemos que conocer lo que hay en nuestro interior, aceptar nuestros límites y creer en las capacidades que Dios nos ha dado. Cuando somos conscientes de nuestra realidad, la aceptamos y queremos tal y como es, tendremos esa paz que anhela el corazón. **Cuando descubrimos la misión para la que Dios nos ha pensado tendremos la felicidad de los hijos de Dios que confían.**

El mensaje del Evangelio es un mensaje de alegría, de felicidad verdadera y de plenitud. Por eso cada AÑO CELEBRAMOS EL DÍA DEL DOMUND, EL DÍA DE LA MISIÓN. Este

² J. Kentenich, “Estudio sobre la oración”, 247

año **Benedicto XVI** nos dice en el mensaje para motivar este día: “*Como los peregrinos griegos de hace dos mil años, también los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes, no solo que “hablen” de Jesús, sino que “hagan ver” a Jesús, que hagan resplandecer el rostro del Redentor en cada ángulo de la Tierra ante las generaciones del nuevo milenio, y especialmente ante los jóvenes de todos los continentes*”. El lema elegido, “*Queremos ver a Jesús*” (*Jn 12, 21*), refleja el grito del alma de muchos corazones, también de nuestro propio corazón. Queremos ver su rostro, porque nos cuesta verlo en nuestra vida, porque nos hemos quedado en las teorías y no conocemos de verdad a Dios. ¡Cuántas veces nos comportamos como si Dios no existiera o como si no tuviera nada que decir en nuestra vida! Decidimos y actuamos sin Él, porque no vemos su rostro. Dudamos y desconfiamos de su presencia, porque no vemos en el amor cristiano su presencia viva y seguimos caminando sin descubrir su amor que lo traspasa todo. Buscamos la felicidad fuera de Él porque no lo conocemos, porque no nos hemos dejado tocar por su presencia. **Tenemos que aprender a descubrirlo en nuestra vida, para poder ser esa luz que refleje su rostro en el mundo.**

Hoy vemos dos maneras de enfrentar la vida, dos caminos en la búsqueda de la propia felicidad. LA PRIMERA ES LA DEL FARISEO QUE SE DEJA LLEVAR POR SU ORGULLO Y SE ENALTECE. LA SEGUNDA ES LA DEL PUBLICANO, QUE SE RECONOCE EN SU POBREZA Y SE HUMILLA. Son dos formas de enfrentar la vida, dos tipos de hombre. El fariseo no refleja a Dios con su actitud, no muestra su rostro. El publicano en cambio, en su pobreza, deja ver el rostro misericordioso del Padre. El orgullo surge cuando pensamos que somos mejores que el resto y nos creemos justos gracias a nuestro esfuerzo y obras: “*En aquel tiempo, a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola: «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: " ¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo.*” Comenta **S. Agustín** este Evangelio: “*No es reprendido porque da gracias a Dios, sino porque no deseaba ya nada para sí. Luego ya estás lleno, ya abundas, no hay para que digas: perdónanos nuestras deudas*”. Nuestra arrogancia nos aleja de Dios porque nos hace creer que no lo necesitamos. **S. Gregorio distingue varias formas en las que se manifiesta nuestra arrogancia y vanidad:** “*Cuando cada uno cree que lo bueno nace exclusivamente de sí mismo; cuando uno, convencido de que se le ha dado la gracia de lo alto, cree haberla recibido por sus propios méritos; en tercer lugar cuando se jacta uno de tener lo que no tiene; y finalmente cuando se desprecia a los demás queriendo aparecer como que se tiene lo que aquellos desean*”. Voy a referirme con más detalle a estas **cuatro manifestaciones de nuestro pecado.**

CUANDO CREEMOS QUE LO BUENO NACE SÓLO DE NOSOTROS MISMOS. Dice **S. Teofilacto:** “*La soberbia es el menosprecio de Dios. Cuando uno se atribuye las buenas acciones que ejecuta y no a Dios, ¿qué otra cosa hace más que negar a Dios?*” Sucede cuando pensamos que somos creadores de forma exclusiva, cuando no vemos a Dios en todo lo que nos sucede. Pensamos entonces que podemos superarlo todo sin necesidad del cielo, porque la tierra nos basta. En esos momentos somos como Dios y no necesitamos ayuda. Nos sentimos creadores de nuestra propia vida y en ella, por lo tanto, no nos hace falta Dios. El problema es que nuestra autosuficiencia nos aleja de los hombres, nos aísla al creer que podemos hacerlo todo bien sin necesidad de ayuda. Nos atribuimos entonces nuestras buenas obras como fruto de nuestra capacidad y no vemos que sea necesario pedir ayuda en ningún momento. No nos hace falta Dios ni tampoco los hombres. Entonces pensamos que podemos hacerlo todo con nuestras fuerzas. Creemos que la felicidad depende exclusivamente de nosotros. Y nos conformamos con una vida sin Dios. **Miramos a Dios sólo a veces para que sepa lo felices que estamos de ser como somos.**

CUANDO CREEMOS QUE LA GRACIA LA RECIBIMOS COMO PREMIO DE NUESTROS MÉRITOS Y NO COMO DON. En esos casos pensamos que Dios está feliz con nosotros porque hacemos las cosas bien. Igual que el fariseo nos acercamos a Dios para presentarle nuestra cartilla de buen comportamiento. La vanidad nos llena el corazón y nos hace creer que Dios está en deuda con nosotros. Tenemos derecho a la alabanza y al premio. Vivimos llenos de derechos y le exigimos al mundo que reconozca nuestro valor. Sentimos que lo hemos hecho todo bien y hemos cumplido con la misión encomendada. En esos momentos parece como si nuestra felicidad estuviera basada en no caer nunca. Le agradecemos a Dios por lo bien que hacemos las cosas y nos sentimos pagados por ese Dios que se alegra y sorprende ante nuestra perfección. **La vida deja de ser gracia y se convierte en un pago a toda nuestra entrega y esfuerzo, un pago por nuestros méritos.**

CUANDO NOS JACTAMOS DE AQUELLO QUE EN REALIDAD NO POSEEMOS. Reza un dicho popular: "Dime de lo que presumes y te diré de lo que careces". Muchas veces nos creemos los mejores y presumimos de todo lo que creemos que es un derecho en nuestra vida, nunca un don. ¡Cuánta gente vive hablando de lo bien que hace las cosas, presentando sus credenciales y exhibiendo la grandeza de su vida! En esos casos resalta más el brillo de la autocomplacencia que la realidad de lo que existe. La apariencia prevalece e importa mucho más aparentar que mostrarnos tal y como somos. Siempre el miedo al rechazo es más fuerte que la verdad de nuestra vida. El que presume con insistencia de algo suele ser porque lo anhela pero todavía no lo posee. **Jactarnos de lo que no poseemos todavía nos acaba haciendo infelices, nos encierra en nuestra inseguridad y no nos deja enriquecernos por los otros. No nos deja abrirmos porque tememos el desprecio.**

CUANDO DEPRECIAMOS A LOS DEMÁS POR CONSIDERARLOS INFERIORES A NOSOTROS. Decía el **Dr. Jorge Carvajal:** "El estrés viene de la competitividad, de que quiero ser perfecto, de que quiero ser el mejor, de que quiero dar una nota que no es la mía, de que quiero imitar. Y realmente sólo se puede competir cuando decides ser tu propia competencia, es decir, cuando quieras ser único, original, auténtico, no una fotocopia de nadie". ¡Y cuánto estrés hay a nuestro alrededor! Si realmente pensáramos de forma correcta, si nos diéramos cuenta de que nuestra felicidad no está en ser los mejores, ni en ser perfectos, las cosas cambiarían. Viviríamos con más paz, tendríamos mucho menos estrés y sabríamos dónde tenemos que poner nuestras fuerzas. Porque cuando competimos continuamente para demostrar todo lo que valemos, perdemos la vida y la fuerza. En esos momentos es la vanidad la fuerza que nos mueve. Buscamos continuamente el reconocimiento, el éxito y la aceptación. Y así sufrimos sin lograr la paz. El fariseo se creía mejor que nadie y acudía a Dios despreciando al que no tenía nada, al que se sabía pecador y débil. Es el drama de la vanidad. Cuando caemos en ella, cuando nos sentimos los mejores, caemos en el juicio y la condena. Es importante valorar las cosas que hacemos bien y estar orgullosos de nuestros logros, porque todo ello fortalece nuestro amor propio. **Sin embargo, cuando caemos en la vanidad despreciando a los otros, en esos momentos nos endurecemos.**

EL VERDADERO CAMINO DE VIDA ES EL QUE MANIFIESTA EL PUBLICANO CON SU ACTITUD HUMILDE: "El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: ¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador. "Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido."» Lucas 18, 9-14. **Dios se commueve ante la humildad del pobre, que se reconoce pequeño y pecador:** "El Señor es un Dios justo, que no puede ser parcial; no es parcial contra el pobre, escucha las súplicas del oprimido; no desoye los gritos del huérfano o de la viuda cuando repite su queja; sus penas consiguen su favor, y su grito alcanza las nubes; los gritos del pobre atraviesan las nubes y hasta alcanzar a Dios no descansan; no ceja hasta que Dios le atiende, y el juez justo le hace justicia". Eclesiástico 35, 12-14. 16-18. **El salmo** refleja la actitud de Dios ante el pobre y afligido: "Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha. Bendigo al Señor

en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloría en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren. El Señor se enfrenta con los malhechores, para borrar de la tierra su memoria. Cuando uno grita, el Señor lo escucha y lo libra de sus angustias. El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos. El Señor redime a sus siervos, no será castigado quien se acoge a él". Sal 33, 2-3. 17-18. 19 y 23. Porque es necesario arrodillarnos ante Dios y suplicar. Sólo Él nos salva. Sólo Él se commueve ante nuestra indigencia.

EL VERDADERO CAMINO DE LA HUMILDAD ES EL CAMINO DE AQUEL QUE SABE QUE DIOS ES GRANDE Y TODO LO PUEDE. **Decía el P. Kentenich:** "Mirad cómo actúa la gallina cuando bebe agua. Inclina la cabeza sobre el agua y entonces se estira lentamente y deja que el agua baje por la garganta. Disfruta cada gota. Así deberíamos degustar los bienes de Dios, elevando nuestros ojos al cielo para agradecer por todos los bienes recibidos. No deberíamos ser como la vaca que siempre tiene la cabeza inclinada y nunca mira a lo alto. Si hacemos eso no veremos la cruz que se encuentra en lo alto de la torre"³. Deberíamos sentirnos pequeños inclinando la cabeza sobre nuestra vida, ante Dios, y luego elevar los ojos para buscar la mirada complacida de nuestro Padre. Sentirnos pequeños es el camino para experimentar la misericordia de Dios. Necesitamos su sí, su amor incondicional. Necesitamos que nos abrace en nuestras caídas y nos eleve a lo más profundo de su corazón. No queremos quedarnos sumergidos en nuestro barro. No queremos ser como la vaca que nunca logra alzar su mirada al cielo. Queremos llegar con la humildad del publicano hasta Dios y, ante Él, experimentar la complicidad de un Padre que nos quiere con locura.

CUANDO ACTUAMOS CON ESTA HUMILDAD, CUANDO RECONOCEMOS NUESTROS ERRORES Y VOLVEMOS A EMPEZAR CONFIADOS, las cosas cambian. El otro día leía algo muy cierto: "Lo que sí he descubierto es que nada sucede por casualidad. Uno recoge lo que siembra"⁴. Recogemos aquello que hemos sembrado en nuestra vida. Si sembramos vanidad y orgullo, prepotencia y desprecio, acabaremos recogiendo esos mismos frutos y tendremos la soledad como premio. Si sembramos humildad a nuestro alrededor, si nos humillamos ante Dios y ante los hombres, recibiremos la paz como don de Dios. Por eso hoy miramos a María. Ella nos puede enseñar el verdadero camino. En el Magníficat, María, nuestra Madre, refleja la actitud del que sabe que todo en su vida es don. Cuando miramos agradecidos la vida, cuando descubrimos la mano providente que nos conduce, las cosas se miran de forma diferente. El orgullo nos aísla, mientras que la humildad nos hace hermanos y nos acerca al que sufre. Al reconocer un Padre común que nos cuida, nos hacemos próximos de los demás. Entonces ya nuestra vida no consiste tan sólo en buscar la propia felicidad y descubrir cómo ser más felices. La vida no se juega entonces en encontrar el equilibrio perfecto o la armonía soñada. Nuestra vida se hace entrega y misión, reflejamos con nuestros gestos el rostro misericordioso de Dios. María nos educa y nos enseña a ser hijos frágiles y confiados. Frágiles porque somos conscientes de nuestros límites y, al mismo tiempo, de todo lo que valemos en las manos de Dios. Débiles porque hemos reconocido nuestra incapacidad para amar como Dios ama y para alcanzar todas las metas que soñamos. Caemos y somos acogidos por Dios. María es quien de verdad puede elevar nuestro 'punto de ajuste de la felicidad'. Ella nos ama en nuestra debilidad y nos eleva al corazón de Dios. En sus brazos valemos mucho más porque nos hemos hecho hijos del Padre y no hay nada más valioso. El publicano, arrodillado y pobre, es el reflejo más grande del amor misericordioso del Padre. En la humildad encontraremos la paz que anhela el alma, como nos lo recuerda Jean Vanier: "El camino de la paz es siempre un camino de humildad". **Nuestra humildad es el único camino que nos sana como hijos y nos acerca al corazón del Padre; allí podemos ser tal como somos, sin miedos, sin complejos, orgullosos tan sólo de ser sus hijos.**

³ J. Kentenich, "Los lunes por la tarde", marzo-junio 1955

⁴ Borja Vilaseca, "El principito se pone la corbata", 180